

y la inquietud visible que le causaba la agresion de *Toby*. Así fué como *Toby*, cual si hubiera entrado en el complot de madame de Lerne, contribuyó humildemente á preparar el éxito. M. de Montelin, despues de aquel principio, comprendió que era imposible una escena de amor. Limitóse, pues, aquel dia á hablar melancólicamente del sentimiento en general, y se resignó á acariciar á *Toby*, ya que no podia extrangularlo.

V.

No sin cierta agitacion interior Juana de Maurescamp subió al dia siguiente en su cupé para dirigirse con su marido á casa de la Condesa de Lerne. Mucho la habia preocupado el traje y adornos que debia ponerse; despues de madura reflexion, habia determinado llevar un vestido serio, en armonía con la gravedad del papel que

aquella noche habia de representar. Llevaba sencillamente un traje de terciopelo color carmesí oscuro. Era lástima que sus brazos y sus hombros estuvieran al descubierto, en su chispeante desnudez. La jóven comprendia que la severidad de su aspecto disminuía un poco, mas no le era posible evitarlo.

En la mesa estuvo colocada á la izquierda de Santiago de Lerne, que á su derecha tenía á Mme. d'Hermany. Como su imaginacion se habia excitado algo por la idea de ese culto secreto que Santiago tenía por ella, no dejó de parecerle al principio que ese culto era, tal vez, un poco excesivamente discreto. Monsieur de Lerne apénas dirigia la palabra, y se dedicaba por completo á su vecina de la derecha. A falta de otra cosa mejor, Juana puso oido atento á su conversacion; entre otras cosas oyó que madame d'Hermany, despues de cambiar con Santiago algunas ideas más brillantes que verdaderas, le censuraba por su maligna costumbre de poner motes á todo el mundo.

— Supongo — dijo — que yo tendré también el mio.

— Sin duda — contestó Santiago.

— ¿Y cuál es? — preguntó la jóven rubia, tendiendo hácia él su frente angélica.

— El *Agua mansa* — respondió á media voz Santiago, inclinándose ligeramente.

Madame d'Hernany se ruborizó; despues, mirándole de frente con su candor de niña,

— ¿Por qué el *Agua mansa*? — preguntó.

— Por nada..... es un nombre indio.

— Y yo, señor — preguntó Juana, riendo — ¿no tengo también el mio?

— ¿Vos? — dijo él. Santiago fijó en ella sus ojos, la hizo un ligero saludo, y añadió con tono serio: — ¡No!

Viéndola un poco embarazada, el jóven cambió enseguida la conversacion, y se puso á hablar de música, de los museos, de los países que ella habia visitado, pareciendo que le proponia sus breves preguntas sólo para tener el gusto de oirla res-

ponder, y mirándola con expresion, á la vez grave y dulce, como para animarla á que hablára.

¡ Oh, sí, decididamente habia en él algo de extraordinario! Habia en la manera como Santiago le hablaba, la escuchaba y la miraba, una expresion indefinible de bondad y de estimacion, que el jóven parecia reservar para ella sola. ¿Cómo era que no lo habia notado ántes?... ¡ Era muy singular!.... y tanto más, cuanto que élla no era en nada, pero absolutamente en nada, el tipo de mujer que un hombre de aquella clase debia apreciar. En fin, era de todos modos mucha amabilidad de su parte, y Juana, desde el instante en que creyó reconocerlo, propúsose con más celo y más interes que ántes, la tarea de casar á aquel jóven, que, á pesar de sus malas relaciones, conservaba aún algunos buenos sentimientos. Llegó aún á pasar revista en su mente á las jóvenes que ella conocia y que podian convenirle, mas no halló ninguna por el momento.

Después de la comida, muchos de los invitados pasaron al salón de fumar; M. de Lerne iba á seguirlos, cuando su madre le detuvo.

— Santiago—le dijo—toca tu último wals á Mme. de Maurescamps, ántes que llegue mucha gente..... ella no lo ha oído todavía..... estoy segura de que le gustará mucho.

— Sí, os lo ruego—dijo Juana.
Monsieur de Lerne saludó, y se sentó delante del piano. Tocó su nuevo wals, y después algunos otros trozos de música que Juana le pidió. Poco á poco, como sucede en tales casos, la mayor parte de los concurrentes, después de haber prestado por cortesía, durante algunos minutos, atención á la música, volvieron á anudar sus conversaciones, cada cual en su grupo. Madame de Maurescamp quedó sola, como *dilettanti* obstinada, al lado del piano y de Santiago, en uno de los extremos del vasto salón.

Cuando el jóven acabó de tocar unas va-

riaciones brillantes, y paseaba vagamente sus dedos sobre el teclado, Mme. de Maurescamps juzgó que había llegado el momento psicológico.

— ¡ Qué talento teneis !—dijo—y además, se dice que pintais muy bien.

— Un poco.

— ¡ Qué cosas hay en el mundo tan extrañas..... cosas verdaderamente inexplicables !—murmuró la jóven, como hablando consigo misma.

— ¿ Soy yo acaso, el que os sugiere esa reflexion, señora ?

— Sí..... Teneis todas las aficiones que pueden hacer agradable á un hombre su hogar..... y vivis..... en el círculo.

— ¡ Dios mio..... qué quereis !—dijo monsieur de Lerne.

— Señor..... —añadió Juana, cuyo abanico se agitó más rápidamente.

— ¿ Señora ?

— ¿ Vais á encontrar que soy muy indiscreta ?

— ¡ Soy tan indulgente !

—Vuestra madre desea mucho que os caseis.

—No lo dudo, señora.

—¿Y vos no quereis?

—No, señora, de ninguna manera.

—¿Tendréis, sin duda, muchas razones para eso?

—Una sola: que no conozco en el mundo una mujer que sea digna de mí.

—¡Ah! ¡Dios mío!

—Es decir, perdonadme.....—replicó Santiago con la misma gravedad: ¡Estais vos!.... pero no sois libre, en primer lugar..... y en segundo.....

—¿En segundo.....—preguntó la joven, tendiendo el arco de sus cejas.

—En segundo lugar..... que vos misma estais á punto de acabar mal.

—Pero, señor.....

—Tened la bondad de perdonarme..... esa es mi opinión.

—¿Y por qué?—preguntó Juana.

—Porque escogéis mal vuestros amigos.

—Eso quiere decir, supongo, que hago

mal en no tener por amigo á M. Santiago de Lerne?

—No, en verdad, no queria decir eso..... Y sin embargo, tal como me veis, yo habia nacido para comprender y áun para compartir los amores de los ángeles.

—¡Ah! francamente—dijo riendo madame de Maurescamps—si he de creer la voz pública, estais muy léjos de los amores de los ángeles.

—¡Qué quereis! ¡estoy desilusionado!—dijo M. de Lerne, riendo á su vez.—Vamos á ver, señora, ¿quereis permitirme que os cuente una historia escandalosa?

—La oiré con mucho interes..... pero sospecho que tendré que irme á la mitad.

—No lo creo. Es una historia que va á explicaros muchas cosas..... es la historia de mi primer amor..... en el cual me conduje yo como un..... ¡Pero no anticipemos! Tenía entónces veintiun años, señora, y por extraña que la cosa pueda parecer, yo no habia amado nunca..... Yo tenía entón-

ces, preciso es decirlo, una idea muy elevada del amor y de las mujeres, una idea casi santa. Había en mi corazón un verdadero tesoro de desinterés, de pasión y de respeto que yo no deseaba colocar con ligereza. Por fin, encontré á una mujer á quien amé como ella quería ser amada y que me amó como ella quiso. Pertenecía á la más alta nobleza. Estaba mal casada; no es necesario decirlo, era muy desgraciada. Ya no era joven, pero yo la amaba más, considerando que había sufrido más largo tiempo..... Era, por otra parte, aunque rubia, muy bella todavía, y tenía tan timorata honestidad, que más de una vez me desesperó..... porque, en fin, aunque ella me fuese sagrada, yo tenía veinte años..... pero era necesario respetarla ó abandonarla. Nuestras citas eran raras y cortas. Su marido era celoso y la vigilaba de cerca. Habríamos podido encontrar algunos medios vulgares de reunirnos..... en algún fiacre ó en casa de alguna amiga. Mas todo lo que era vulgar, todo lo que

hubiera podido degradar nuestro amor nos repugnaba igualmente á los dos..... Pasáronse algunos meses en aquel encanto y en aquella contrariedad. Á pesar de las reservas, seguramente muy penosas, que su conciencia me imponía, tal vez á causa de esas mismas reservas yo me sentía tan enamorado y tan feliz como no es posible serlo en el mundo. Tenía yo la inmensa satisfacción de considerar que yo devolvía á aquella mujer adorada toda su dicha atrasada y de no haber mezclado ningún remordimiento á esa dicha, porque lo poco que ella me concedía hubiera podido concederlo á un hermano, y sin embargo, ese poco era para mí una suprema voluptuosidad. En una hermosa noche del mes de Octubre, en la época de la caza, éramos vecinos en el campo; su marido había ido á pasar un día á París..... Á fuerza de súplicas, y bajo la fe del juramento, obtuve ser recibido en su alcoba durante una hora.....

— Perdonad — dijo Mme. de Maures

camp levantándose un poco en su sillón;—
¿habrá llegado el momento de que me
vaya?

—No, no; nada temais. La alcoba es-
taba en el piso bajo del castillo y caía al
parque.... Hacia media noche, entré por
una ventana, un poco alta y de difícil ac-
ceso, al rededor de la cual habia, lo re-
cuerdo perfectamente, enredaderas de jaz-
mines y de clemátides que exhalaban en
la noche su exquisito perfume.... No sé si
fué por efecto de ese aroma algo embria-
gador, ó por la impresion nueva para mí
de aquella habitacion íntima.... pero debo
confesaros que aquella noche me mostré
ménos resignado que de ordinario á los es-
crúpulos que se me oponian.... fué una es-
cena dolorosa que no puedo recordar sin
avergonzarme.... La pobre mujer acabó por
echarse á mis plantas, juntas las manos,
suplicándome que me condujera honrada-
mente, preguntándome, con lágrimas en los
ojos, si yo no era feliz, si podia serlo más,
si querria la dicha á costa de su reposo, de

su honor, de su misma vida.... porque ella
no podria sobrevivir á una falta.... Al fin,
ella venció. Mitad á sus lágrimas, mitad
á mi propio sentimiento, que me decia, en
efecto, que nada habia más allá de las de-
licias y de la embriaguez de aquella amistad
inocente y apasionada.... yo cedí. Dióme
las gracias besándome locamente las ma-
nos, y yo salí por donde habia entrado....
Apénas hube puesto los piés sobre la are-
na del jardin, volví los ojos para enviarle
un último beso, murmurando: «Hasta
mañana.» Estaba de pié é inmóvil en el
cuadro de la ventana, cruzados los brazos
sobre el pecho, el busto ligeramente incli-
nado hacia atras, bañada por la claridad
de la luna. Al beso que yo le envié, ella
respondió con un ligero movimiento de
hombros; despues, con su hermosa voz de
contralto que yo adoraba, dejó caer lenta-
mente estas dos palabras: «¡Adios.... im-
bécil!» Despues, no he vuelto á verla....
¡Desde entónces me cerró para siempre su
puerta, su ventana y su corazon!

Madame de Maurescamp le habia escuchado con mucha atencion. Así que hubo concluido, le miró fijamente.

—¿Y qué habeis sacado de eso?—dijo.

—He deducido que las mujeres honradas no servian para mí.

—En verdad, señor, que si para justificar vuestro desprecio general por nuestro sexo no teneis otro motivo que ese recuerdo de la juventud.....

—¡ Oh, tengo otros muchos !—dijo monsieur de Lerne.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono tan singular, que Juana dirigió vivamente hácia él sus miradas. Sorprendióle la expresion casi dolorosa que súbitamente contrajo la frente y los labios de Santiago.

—¡ Los tengo horribles !—añadió insistiendo.

Despues, con acento conmovido:

—Sois una mujer jóven y llena de bondades y de virtudes..... que yo estimo mucho..... pero no puedo decir esos motivos, ni aún á vos misma.

La jóven se levantó con cierto embarazo, y arreglándose el vestido:

—Creo que me comprometo—dijo alegremente.

Él se levantó á su vez diciendo:

—Perdonadme si os he detenido tanto tiempo.

—Pero no creais que renuncio—dijo ella graciosamente cuando se alejaba.

Él se inclinó sin responder.

La larga conversacion de Mme. de Maurescamp y de Santiago no habia dejado de despertar la curiosidad más ó ménos benévola de los invitados de Mme. de Lerne. Juana lo comprendió, y para hacer desaparecer todo motivo de sospechas, dijo á la Condesa en alta voz al pasar junto á ella:

—No hay ninguna esperanza, querida señora; he perdido todo mi trabajo.

La madre de Santiago, que habia espiado de léjos con vivo interes la fisonomía de los dos interlocutores, no fué de la misma opinion que Juana; creyó, por el

contrario, que la jóven no habia perdido su trabajo, y que quedaba todavía alguna esperanza.

VI.

Se sabe bastante bien cómo nace el amor; mas se ignora completamente cómo nace la simpatía. Es casi imposible descubrir de qué manera se forman los hilos delicados y complejos que acercan de pronto dos corazones y dos almas en ese bizarro sentimiento. Aunque las gracias femeniles no son un obstáculo para su desarrollo, tampoco son indispensables, puesto que la simpatía se encuentra á menudo entre personas del mismo sexo, y no se asusta de los cabellos blancos. Esta súbita armonía que se establece entre dos seres casi desconocidos uno á otro; esta vivacidad de impresiones mutuamente transmitidas; esta inteligencia mutua en las miradas; esta

facilidad de expansion y esta necesidad de confidencia, encuentran sin duda su origen en alguna secreta é íntima conformidad de ideas, de gustos, de cualidades ó de defectos que nos es imposible precisar. Se habrá comprendido ya que Santiago de Lerne experimentaba por Juana de Marescamp ese sentimiento indefinible, y que Juana no estaba muy léjos de compartirlo despues de aquella conversacion confidencial. Aunque separados en apariencia por abismos, el libertino hastiado y la jóven sin mancha se entendian ya á medias palabras. Á pesar de tantas diferencias como habia entre ellos, sentíanse un fondo comun que los disponia á las mismas impresiones, á los mismos juicios, á las mismas pruebas en la vida, á las mismas alegrías y á los mismos dolores.

Esos encuentros simpáticos son muy frecuentes en la vida mundana; pero en la movilidad y dilatada extension de las relaciones parisienses duran no más que el espacio de una comida ó de una *soirée*.